

Una obra gráfica del historiador militar Juan Carlos Losada aborda las batallas del imperio alejadas del patriotismo

“Flandes fue el Vietnam español”

BLAIFELIP PALAU
Barcelona

Flandes fue el Vietnam español. Fue un dispendio absoluto. Unas provincias que llegaron de rebote y que se mantuvieron por el fanatismo de unos y de otros. Allí se sucedieron unas guerras absolutamente inútiles, imposibles de ganar y que resultaron una ruina política total. Los monarcas del siglo XVII eran víctimas de eso que se llamaba el prestigio de la corona y, por tanto, ningún país quería renunciar graciosamente a ningún territorio. Eso supone llevar a la muerte, al matadero, a miles y miles y miles de soldados y arruinar el país”.

Lo explica el doctor en historia contemporánea especializado en historia militar Juan Carlos Losada para *La Vanguardia* y lo detalla en *La pica y el arcabuz. Las grandes batallas del imperio español. Una historia gráfica* (Pasado y Presente), obra que rescata de las zarpas del neofranquismo y el ultranacionalismo historiográfico episodios de la historia militar, les devuelve el rigor histórico y los presenta de forma resumida y atractiva –con ilustraciones de Eugènia Anglès–, “para que el lector que ahora rehúye del libro de historia pueda algún día leer ensayo histórico iniciándose antes con libros como este, solventes, documentados y atractivos”, explica Ferran Pontón, editor de Pasado y Presente.

Esta editorial quiere plantar una pica en el público lector de entre 20 y 30 años con estos ensayos, iniciativa que arrancó con *La Segunda Guerra Mundial*, de Antony Beevor –también con imágenes de Eugènia Anglès–, que prosiguió con *La Edad Media*, de Eleanor Janega, y que en septiembre continuará con un volumen dedicado al franquismo, obra de Gonzalo Pontón, padre de Ferran.

“El lector de ensayo histórico y de ensayo en general ha bajado muchísimo –asegura Ferran Pontón–. Antes estaba copado por los universitarios, que a esas edades compraban y leían libros, y esto prácticamente ha desaparecido,



Un grupo de soldados con picas (piqueiros) en formación para aguantar la embestida de la caballería

porque cada vez leen menos y, directamente, no compran. Desde la universidad se estimula muy poco la lectura y se obliga a leer unas bibliografías que no se actualizan... Y nadie explica la necesidad absoluta de tener una biblioteca, sea física o virtual, pero una biblioteca, que

Losada: “La historia militar tiende a ser exaltada, manipulada y llevada a la epopeya, y se falsifica totalmente”

significa lo que has estudiado y lo que te ha pasado en la vida. A mí pocas cosas me explican más que mirar los libros que tengo en casa”, remata Pontón.

Ante este reto, el objetivo de *La pica y el arcabuz* era claro: un libro riguroso y alejado del fervor pa-

triótico. De historia militar, pero no de hazañas bélicas: “Yo hago historia militar, porque me encanta la historia militar, pero soy antibelicista –precisa Losada–. No soy antimilitarista, pero soy antibelicista y creo que toda buena historia militar ha de ser antibelicista, ha de hablar de las guerras, enseñar las guerras, pero con el objetivo de odiar las guerras, no el ejército, sino odiar las guerras”.

Losada las ha resumido y alejado del patriotismo desbocado: “La historia militar de todos los países del mundo tiende a ser exaltada, manipulada y llevada al gran coro de las glorias epopéyicas de las naciones, y se falsifica totalmente. El nacionalismo es perverso y, por lo tanto, exalta la sangre vertida de una manera obscena. Yo he querido acercarme a la historia de un modo no nacionalista ni patriótico, sino realista, comentando lo que han hecho nuestros antepasados, lo bueno y lo malo, las miserias

y las heroicidades, y tratar sobre el aspecto humano. Hablar de los pobres cientos de miles de soldados cuya gran mayoría iban a la guerra para ganarse la vida y huir de la miseria, simplemente. Nunca quiero olvidar ese trasfondo, porque para mí es la base de la historia militar”.

Y ahí surgen los aspectos críticos, que los hay en todo el libro, como el afán por conservar no solo Flandes, sino ese imperio que tanto añoran dirigentes de Vox y del PP: “El imperio español era apoteósico, enorme, y España no podía ni económica ni demográficamente sostenerlo. España murió de gloria, murió absolutamente derrotada por un esfuerzo en política internacional totalmente desmesurado e imposible de mantener. Esta es la gran tragedia y la gran ruina para España. Una herencia maldita de Carlos I que todos los Austrias quisieron mantener a todo trance”.

Con Losada aprendemos la importancia de los tercios, de cómo

esa organización de infantería, que en su inicio estaba formada por un tercio de arcabuceros, otro de piqueiros y otro de coseletes, acabó con el predominio de la caballería. Frente a responsables militares ineptos, que compran almirantazgos y generalatos, surgen genios militares como el duque de Alba, “que incluso calculó el número de prostitutas que tenían que viajar con los soldados, calculaba una por cada ocho, para evitar que violaran a las mujeres flamencas”.

Vemos cómo Alberto de Austria paga el salario de las tropas para

El duque de Alba se llevó a una prostituta por cada ocho soldados para evitar violaciones en Flandes

acudir a la batalla de Nieuport (1600); a Ambrosio Spínola adelantar el enorme gasto de la empresa del sitio de Ostende (1602) y pagar los atrasos que se les deben a los soldados o al duque de Medina-Sidonia adelantar todos los gastos de la Armada Invencible. La Corona no puede. “Viéndolo en perspectiva, te preguntas cómo se pudieron ganar tantas batallas con las condiciones humanas de los soldados: el raquitismo, la pobreza, la falta de vestimenta, el hambre que pasaban...”, añade Losada.

Penurias que se advierten en el trazo que Eugènia Anglès ha dado a los rostros de los soldados, además de dibujar a los grandes protagonistas –todos hombres– de esta obra, hecha con grafito y con un acabado digital, “que me permitió detenerme en los detalles”. Las imágenes son de “obras pictóricas que me proporcionaba la editorial, que ha querido que todo tuviera un punto de contención, de sobriedad, que le da un tono de tranquilidad, alejado de la épica y la heroicidad”. Tras un año de trabajo y de inspirarse en tanta obra pictórica, Anglès sintió “que era una privilegiada; como si hubieran cerrado la sala de un museo para que yo pudiera estar un rato más”.

CLÁSICA

‘El retablo’ en Granada

‘El retablo de maese Pedro’, de Manuel de Falla ★★ ★★

Intérpretes: Orquesta Ciudad de Granada, Aarón Zapico, director; Compañía Etcétera (Enrique Lanz)

Lugar y fecha: Palacio de Carlos V, Granada (22/VI/2023)

JORGE DE PERSIA

Se cumplen cien años del estreno de *El retablo de maese Pedro*, que tuvo lugar en 1923; ese 25 de junio estuvieron trabajando juntos en el

gran salón de la Princesa de Polignac los artistas Hermenegildo Lanz y Manuel Ángeles Ortiz, responsables del montaje de escena y títeres que representan la acción descrita por Cervantes en el capítulo XXVI de la segunda parte del *Quijote*. Varios músicos colaboraron en la manipulación titiritera, entre otros Ricardo Viñes y su discípulo Francis Poulenc. Ahora, esta obra escrita y soñada en Granada por Falla (García Lorca estaba cerca) ha inaugurado de manera brillante el 72.º

Festival de Granada, con un montaje en el palacio de Carlos V. El nieto de Lanz, Enrique, diseño, dirigió escenografía y proyecciones en un trabajo que ya vimos en el Liceu hace algunos años. Un trabajo monumental de equipo, ya que manipular marionetas del tamaño de las que ocupan el primer plano es muy complejo. Hay tres planos de escena: músicos, personajes que miran la representación y el teatro en el que se desarrolla la historia de la liberación de Melisendra. Esta pequeña escena tiene un singular atractivo, ya que armonizaba de manera magistral con la belleza de las frases musicales que la acompañan, con fuerte dosis de belleza escénica. Los muñecos más grandes, además del Quijote el niño Truja-

mán, encuentran sus voces en el magnífico bajo José Antonio López y la soprano Alicia Amo.

Este papel del Trujamán está originalmente escrito para la voz blanca de un niño, y en este caso suponemos que el director llevó a la soprano –que canta muy bien las melodías que señala la partitura– a establecer un falso pretendiendo imitar al niño, pero que ya, desde sus primeras palabras, chirría, y su presencia es importante porque es quien presenta las diferentes escenas. Estudiando trabajo de David Alegret en el papel de Maese Pedro; su voz va muy bien al carácter del personaje.

El programa musical optó por subrayar el sonido y el ambiente del barroco. Las músicas se fueron deslizando con buen carácter y trabajo

del director, hasta la sinfonía inicial del *Retablo*. Le precedió una suite de Telemann y *Don Quichotte* de Boismortier con una percusión demasiado marcial, y buen trabajo de la cuerda. *El retablo* mostró un perfil muy sutil, elegante en el fraseo, aunque ello en perjuicio de su carácter de música del siglo XX, escrita pocos años antes del *Concerto para clave*. *El retablo* exige momentos de mayor intensidad y brillo, planos y aristas. El esfuerzo de producción merece aplauso dada la complejidad de la obra, con rincones –como la maravillosa escena en que Don Quijote, después de destruir el teatro, canta su pasión a la dama inalcanzable–, un momento difícil de representar dada la dimensión del muñeco protagonista.